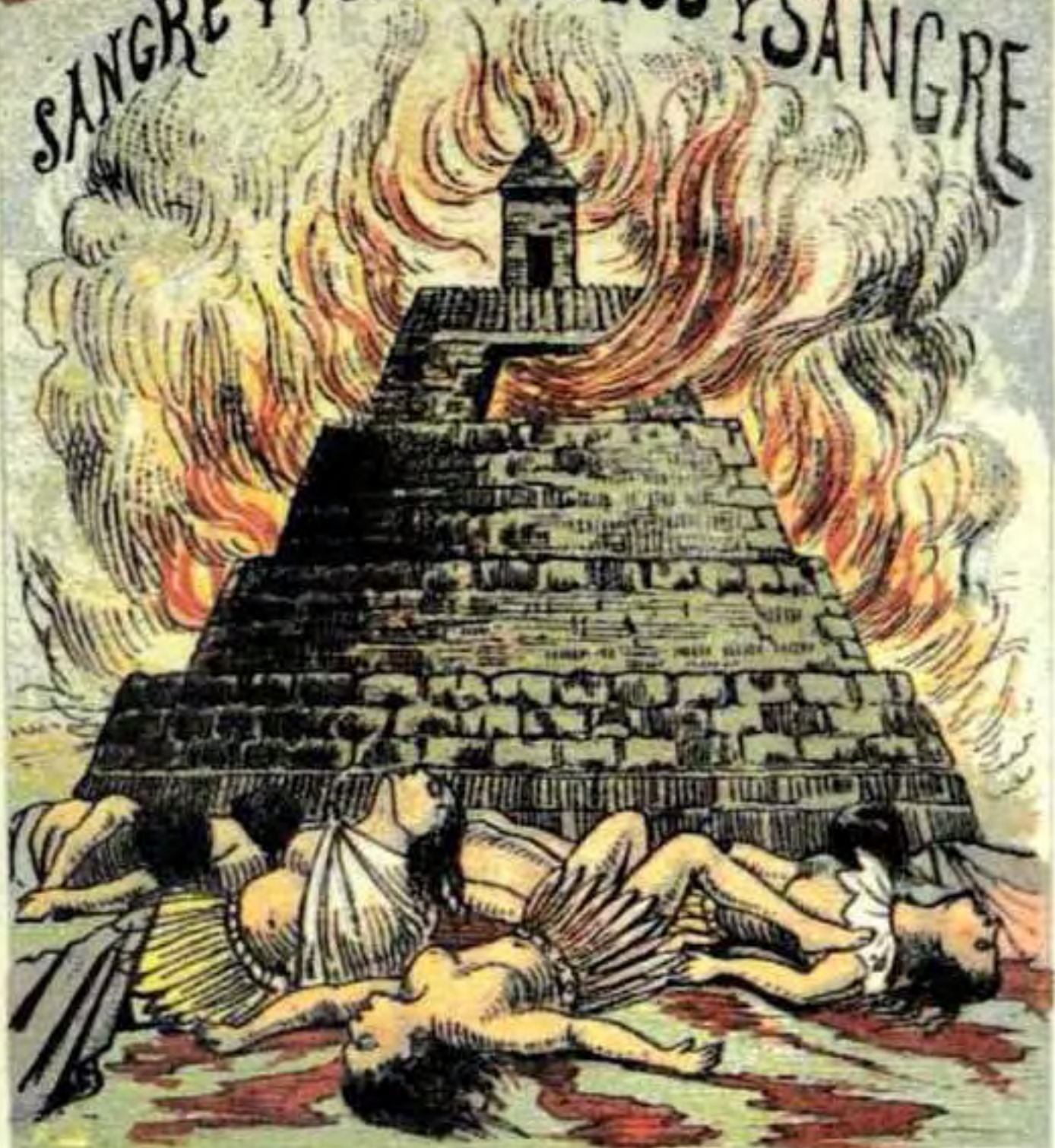


# LA MATANZA DE CHOLULA

SANGRE Y FUEGO, FUEGO Y SANGRE



MAUCCI H<sup>OS</sup> MEXICO

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO

---

# La Matanza de Cholula

ó

A sangre y fuego, fuego y sangre

por

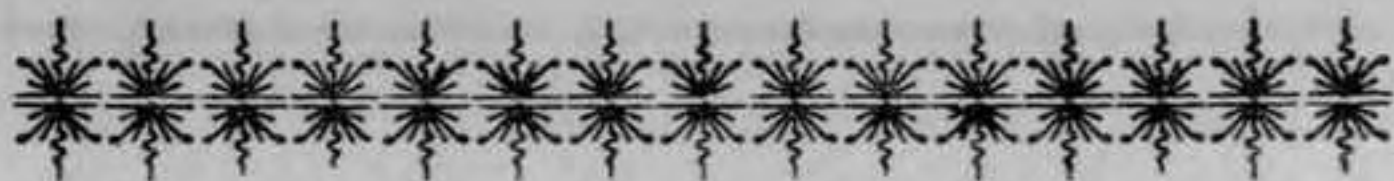
HERIBERTO FRIAS



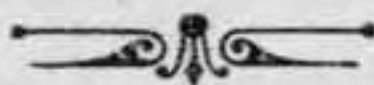
MÉXICO

Maucci Hermanos,—Primera del Relox, 1  
1900





## La Matanza de Cholula



Lo que vais á leer es tremendo, es atroz y sangriento.. ¡Es, amigos lectores, el cuadro de una matanza sin igual, en que parece que se han vuelto locos los hombres para asesinar, para verter sangre en arroyos que inunda la sagrada ciudad del Anahuac!

¡Fué el día de la venganza, del esterminio, de la matanza en la opulenta y bella ciudad sagrada del Imperio de «Moctecuhzoma»!

¿Cuál era esa notable, esa célebre ciudad?

¿Quiénes consumaron la formidable matanza que inundó sus teocallis, templos pequeños, plazas, calles y palacios en olas de sangre «cholulteca» y «mexica»?...

La ciudad fué la gran Cholula.

Y como debéis comprender, los que hicieron la hecatombe fueron los conquistadores españoles al mando de Hernán Cortés...

\*  
\* \*  
\*

—¡Ha llegado el día que mis sabios reyes antiguos, los caudillos de las tribus sagradas y nobles predijeron para los que sin justicia y fuera de combate, arrancan la vida á los hombres!...

Hijos de Cholula, llegó por fin la hora que los hijos de mi raza, eterna enemiga de la vuestra, esperaban. ¡Yo soy la infeliz y despreciada «Miirfoo Coopii»... yo soy la «mixteca» que hace un siglo vino de los montes y sierras de las «Mixtecas», cuando aun era jo-

ven y sabía defender mi patria subyugada por los crueles »méxicas».

Yo fui aquella princesa que vestida con la piel de un gran lobo, profané vuestro teocalli principal... y fui aquella que inspirada por el sueño del viejo blanco, os recordé las palabras del sabio «Huemac» el viejo, diciendo:

— «¡Cese la matanza en los «teocallis» de la divinidad... no arranquéis más corazones en sus palacios, arrebatad espíritus de amor y de perdón porque ella, que todo lo ha visto, ha visto las infamias y abominaciones... Yo he visto en Tenochtitlán, la orgullosa capital de los «méxicas», arrancar dos mil corazones en un solo día, allá en el inmenso y formidable «Teocalli» Mayor del horrendo ídolo de la Guerra... Y sé que vosotros con vuestro fanatismo habéis alentado aun más el de los de «México». ¡Ya no más sangre!... ¡Seguid como siempre en el trabajo!... ¡Son hermosas y fértiles vuestras tierras... las doradas cañas del maíz os brindan riqueza y sabroso pan en vuestros amorosos hogares, bajo el humilde

«xacalli» de vuestros padres que sólo amaban á las estrellas .. porque son buenas, dan luz y hablan á los hombres la verdad de los dioses...»

¿Os acordáis que os dije esto?

¡Los hijos vengadores, los hijos del Fuego, han surgido del mar allá por el brillante «Omeatl»... y pronto estarán para cumplir...





La terrible anciana, semi-desnuda, que esto vociferaba desde lo alto de un montecillo cercano á la ciudad de Cholula, una hermosa mañana de Noviembre, delante de una multitud de cholultecas que volvían del «teocalli» donde se habían sacrificado ochenta «huexotzincas»... fué acallada por el pueblo; ebrio de furor...



En las cuadras de palacio magnífico que asombró por su riqueza y anchura á los aventureros, se hospedó el caudillo con sus españoles.

Los «tlaxcaltecas», como eran enemigos de los «Cholula», se quedaron á campo raso fuera de la ciudad...

Dicen los ancianos cronistas ó primeros relatores de estos terribles acontecimientos que tanto tienen de histórico, que en apacible noche en que la luna se mostraba en todo su esplendor, Cortés paseaba pensativo en la azotea del palacio espiando la ciudad y los alre-

dedores, pues siempre estaba inquieto, temiendo que aquella «Aguila azteca» que encontraba ébria de sangre y de poder, despertara de repente, ó la despertaran... y entonces... ¡ah! entonces ¿qué podría quedar de la orgullosa expedición?...

Al lado del Capitán estaba como siempre la fiel «Malinche», la bella esclava intérprete que tanto servía y que tanto se amaba por la gratitud, acaso de que aquel señor,—semi dios para ella,—la hubiese elevado tanto...

—Señor,—murmuró Marina, modulando con dulzura su voz deliciosa.—Señor... he sabido que esta es la ciudad santa que más ama al tirano Moctezuma; desconfiad... Veo en los ojos de los sacerdotes hogueras que alzan chispas... ¡son de odio, señor!... Si ante vos bajan los párpados, es para ocultar las llamaradas... Saben que se tienen que cumplir sus destinos de barbarie idólatra, como me ha explicado también mi buen padre Fray Bartolomé... saben todo eso y arden en ira... quieren sangre.



—¡Conque eso es cierto, Marina!—exclamó Cortés, meditando con aquel pretexto un sombrío plan.—¿Conque en sus ojos hay fuego de venganza?... ¿Y en sus pechos ansias de sangre?... ¿Lo sabes bien, Marina?

—Lo sé muy bien, señor. Arden sus ojos con fuego... Palpitan sus pechos con ansia de sangre.

—¡Ah! ¡por San Pedro, mi patrón Sagrado! todo eso tendrán... primero, tanta sangre que apagarán esa lumbre, y luego tanta lumbre que no quedará ni rastro de toda esa sangre.

Y el hidalgo español sonrió lúgubrementemente. Se alzó de hombros y añadió:

—¡Cumplamos como se debe con lo que está escrito!... Ya sé que no debo tener remordimientos. ¡Soy el instrumento de la Providencia!... ¡Hagamos nuestro oficio!

. . . . .

Lo que pasó después fué horrible, espantosamente siniestro... ¡Cortés ejecutó su plan!

¿Cuál era?... Castigar al pueblo de Cholula, á los sacerdotes, á los nobles señores, á los je-

fes de armas, á los habitantes, á los «teocallis» malditos, á los suntuosos palacios, á los talleres y fábricas de platería, loca fina, curtidoría de pieles, de tejidos de mantas, á los almacenes de maiz, á los corrales de aves... ¡á todo lo que era vida, movimiento, riqueza y culto de la ciudad! .. ¡Castigar á Cholula, asesinándola á sangre y fuego!

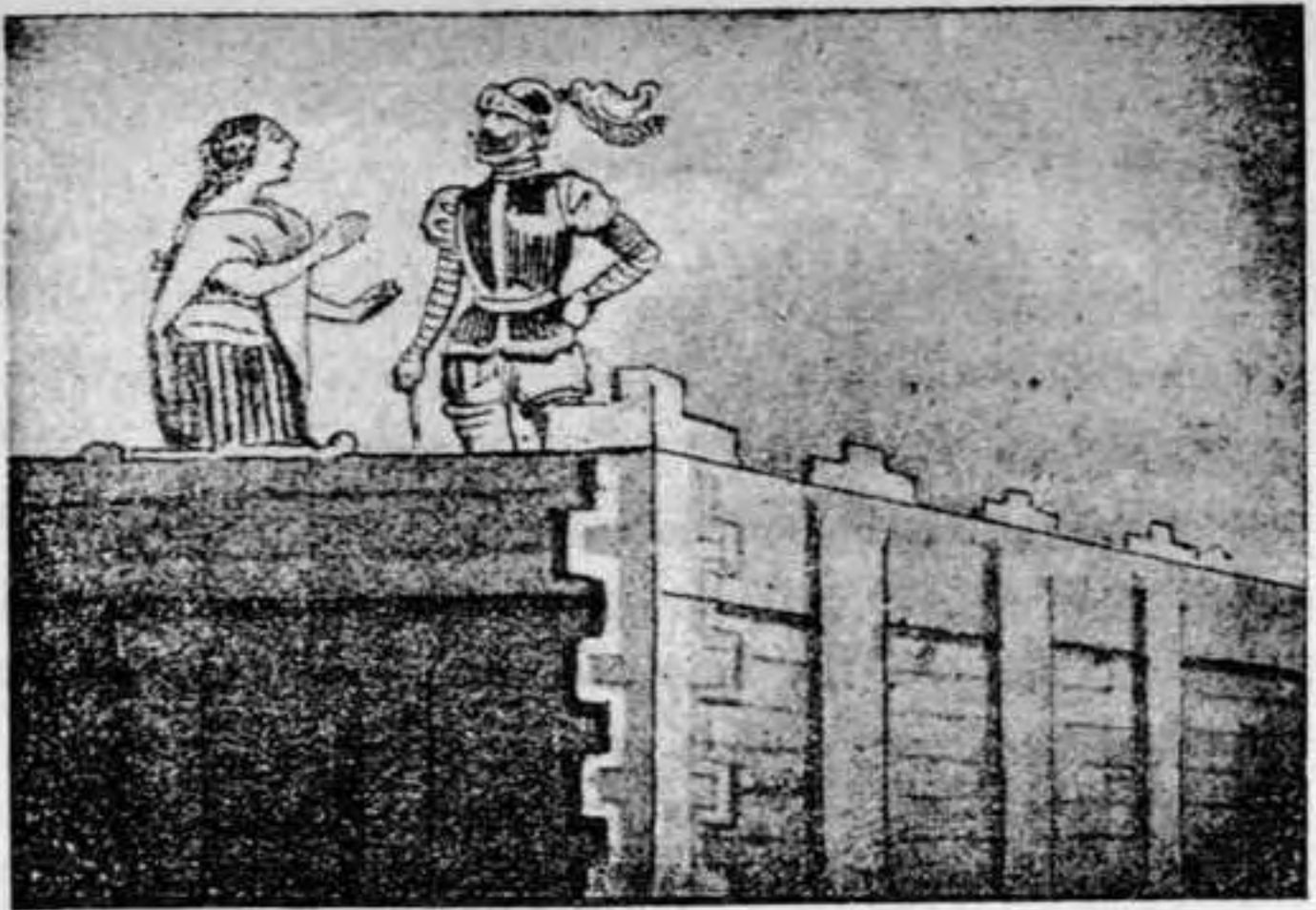
¡Sangre, mucha sangre para apagar el fuego de su odio!

¡Fuego, mucha lumbre, muchas llamas para extinguir, evaporar la sangre derramada!

\*  
\* \*

Es la noche siguiente á aquella en que Hernán determinó acabar con la santa ciudad del Anahuac,—según la sangrienta idolatría azteca á la que iba á castigar el caudillo,—es la noche siguiente... Van á llegar al palacio que habita, miles de sacerdotes, guerreros en son de paz y gente del pueblo que debe llevar hacia Tenochtitlan el cargamento del ejército... Este vela... todos están sobre las armas... arden las mechas de las piezas de artillería,

listos están los arcabuceros, y los de á caballo detienen sus corceles de la brida, prestos á montar... Los perros bravos que llevan, callan, sugetos por cordeles que cuando les suelten, harán lanzarse como tigres sobre los indios... Cortés, al lado de Marina, meditaba de nuevo en la azotea, mirando hacia el horizonte lleno de tinieblas...





Jerónimo de Aguilar se llama el otro intérprete que se halla junto á ellos; tiene un arcabuz en la mano...

Hora siniestra; ¡gran silencio turbado apenas por rumores tristísimos del viento!

¿Que esperan aquellos seres humanos, contemplando en la noche la vasta ciudad que encierra treinta mil seres humanos y cuatrocientos teocallis, cien palacios y cuevas repletas de tesoros?... ¿Qué esperan?...

¿No es verdad, amigos lectorcitos, que no puede haber nada más temible que aquel momento en que Cortés esperaba en aquella noche de sombras y silencio el graznido del «buhu», que era la señal de la matanza?

— Recordad, señor, —dijo la Malinche muy quedo,— que la anciana princesa mixteca dijo: «¡Cuando el «tecolotl» cante, que mueran!... Esperemos el graznido...»

No habia acabado de pronunciar estas palabras, cuando allá en el fondo de las tinieblas se oyó un graznido lúgubre, espantosísimo, horrendo, formidable...

— ¡Fuego! — gritó Hernán Cortés, sacando su reluciente espada.

Aguilar disparó su arcabuz y de nuevo rompió el silencio de la noche el estruendo del arma.

Y al instante, como por encanto, se desató una tempestad de gritos, un colosal ruido de armas...

¡Era la señal de la matanza!

Los «tlaxcaltecas», que estaban velando en las afueras de la ciudad, entraron como chacales, con sus cuchillos de obaidiana, sus macanas, sus mazas y lanzas, matando á los cholultecas que salían azorados de sus casas.

Los españoles, espada en mano, se precipitaron en los templos, en los palacios, en donde había indefensas multitudes que se levantaban, en confusión, desnudas estupefactas... y daban estocadas en las vivas carnes, allá en la sombra, y corrían las mujeres con alaridos que se confundían con los gritos de tlaxcaltecas, bañadas en caliente sangre enemiga... y se resbalaban los que corrían por las entra-



ñas palpitantes con que tropezaban unos y otros.

¡Los mas cobardes, los que corrieron más hacia lo alto de los «teocallis» eran los sanguinarios sacerdotes, con un pánico atroz!

¡Matanza, estocadas sobre desnudos pechos y vientres femeninos, lanzazos, los bravos pe-



rrazos saltando a los cuellos y abriendo chorros de sangre, matanza, matanza!

Y cuando apareció el sol, su luz se confundió con la del incendio de los palacios y templos, y sus rayos de oro iluminaron una carnicería espantosa... Cholula era un montón de carne humana tostándose sanguinolenta en brasero enorme á cuyo alrededor vagaban cansados los soldados del Capitán español y los «tlaxcaltecas».

De repente, entre las llamas aparece una vieja semejante á un esqueleto, llevando en brazos un niño recién nacido.

—¡Basta!—gritó en su extraño idioma mixteco—¡basta!... ¡Cholula sanguinaria, has sido castigada como merecías! ¡Sembraste infortunios derramando sangre, arrancando corazones, impía y cruel. Mira, aparta de tus llamas y de tus charcos de sangre, este niño que es inocente... El te purificará de nuevo y hará de tí la bella ciudad tranquila del porvenir!

Y la pobre anciana se arrodilló ante Cortés,

pidiendo que cesara la matanza en nombre de aquel niño.

Cesó la matanza. La hecatombe había sido espantosa.

—Ahora adelante... ¡hacia la capital ansiada aun cuando Moctezuma me detenga con todo el oro de su imperio!

¡Pobre raza «nahuatl»! ¡Pobre raza «nahuatl», qué caro tenías que pagar tus faltas y tus vicios!...

¡Era preciso, amigos míos que leéis estas relaciones, el fin de aquel mundo; pero su agonia fué muy dolorosa y hay que compadecerla porque sus héroes últimos iban á morir en plena gloria; ¡bravías águilas!... Muy hermosas, ¿verdad?

. . . . .

